

LA PAZ

Charla pronunciada en la Capilla de Mount Ecclesia el 22 de julio de 2001 por Francisco-Manuel Nácher López

El tema de la paz es algo importante porque todos deseamos la paz. Pero, como buenos filósofos, antes de razonar, habremos de dilucidar lo que entendemos por paz. Y ello por dos motivos: primero, para saber si todos tenemos la misma idea de ella pues, de otro modo, nuestro trabajo se convertiría en algo estéril; y, segundo, para, una vez puestos de acuerdo sobre lo que entendemos por paz, desearla todos a la vez con objeto de lograrla.

Y ¿qué es la paz? Para la mayor parte, y visto que las guerras proliferan por doquier y que la historia universal casi se reduce a una relación interminable de reyes, fechas, guerras y batallas, la paz significa la ausencia de guerras. Por lo tanto, para ellos, el día en que no haya guerras, habrá paz. Porque, cuando "se firma la paz", se acaba la guerra.

Todos deseamos la paz. A todos nos horroriza la guerra. Pero no basta con que deseemos la primera y abominemos de la segunda. Como seres pensantes que somos, es preciso que pensemos sobre ambas y lleguemos al fondo del asunto, averiguando qué hemos de hacer. Porque - no nos engañemos -, la guerra y la paz son cosas que sólo al hombre competen y, por tanto, es él quien debe estudiar el medio para desterrar la guerra y perpetuar la paz.

Esta frase, sin embargo, "*si se firma la paz, se acaba la guerra,*" es muy parecida a ese final típico de los cuentos: "*...y se casaron y vivieron felices*" que, en realidad, no quiere decir, como parece, que el hecho de casarse sea una garantía de felicidad, sino que, como el cuentista sabe que eso es muy difícil, y no se atreve a relatar todos los acontecimientos que en la vida de la pareja protagonista se podrían suceder, muchos de ellos, no muy felices, termina el cuento cómodamente y deja su futuro en manos de la imaginación del oyente.

La vida es cambio. Es movimiento. Es variación. Cuando algo está quieto, está muerto.

¿No habrá, pues, paz cuando ya no haya guerras? No. Y ello por muchas causas bien patentes y, entre ellas: el egoísmo de que todos aún adolecemos; el karma maduro, que nos hará experimentar a unos desgracias y carencias y problemas que no afligirán a otros; los distintos niveles evolutivos, que nos harán vivir a unos, necesariamente, en distintas circunstancias y con diferentes capacidades, tanto físicas, como emocionales, mentales y espirituales que a otros; nuestro libre albedrío, que nos irá haciendo a cada uno experimentar el resultado de nuestra actuación reciente y sembrar el futuro mediato e inmediato...

El hombre, mientras está vivo, no puede evitar el cambiar, y ello en tres aspectos: Actúa físicamente en sí mismo, en los demás seres y en el entorno; tiene sentimientos y deseos; y piensa, es decir, crea pensamientos. Son tres actividades que el hombre no puede dejar de ejercer mientras está vivo: Sólo un cadáver no actúa, no tiene sentimientos ni deseos y no piensa.

Pero, si los hombres se influyen mutuamente unos a otros con sus actos, sus sentimientos y deseos y sus pensamientos, será necesario que esas tres actividades hagan posible la ausencia de agresiones entre ellos, a pesar de su permanente influencia recíproca. Por tanto, es preciso que los hombres ajusten sus actos, sus sentimientos y sus deseos a una norma, a una pauta, a un marco, a unos límites que hagan imposible la agresión a los demás, a pesar de esa actuación constante intrínseca al hombre.

La paz, pues, se concibe generalmente, en su aspecto negativo como la ausencia de guerra. Éste, sin embargo, es un concepto muy superficial. Porque, si nos referimos a la paz como una situación entre hombres que, por definición y como hemos visto, necesaria y constantemente actúan, sienten y piensan mientras están vivos, el concepto de la paz ha de ser el de algo positivo, dinámico, cambiante, como los hombres que han de crearla.

Y, porque, si por paz entendemos la ausencia de sobresaltos y de problemas y de dificultades y de injusticias y de gente explotada y del sinfín de miserias que todos conocemos, está claro que la ausencia de guerras no traerá la paz, lo mismo que el matrimonio de los

protagonistas de los cuentos no les proporciona la felicidad, aunque así lo afirme el autor.

La vida, ya lo hemos dicho, es cambio. Es imposible no estar cambiando continuamente. Nada en toda la creación, ni un solo átomo, está quieto. Todo está, ininterrumpida e inevitablemente, en movimiento. Hasta el punto de que se puede afirmar que "vida es movimiento y cambio y evolución". Y, si todo cambia y vive y evoluciona en distinto grado y a diferente velocidad, ha de haber, necesariamente, diferencias. Diferencias que desaparecen cuando caemos en la cuenta de que, al constituir todos un organismo único, lo que le falta a uno le sobra al otro y lo que uno retrocede, otro lo adelanta, quedando inalterable el conjunto, que es lo importante, lo que nos da la vida a todos, el plan divino, que se cumple inexorablemente, bien con nuestra ayuda, bien a pesar de nuestra resistencia. Por eso la ciencia asegura que *"la energía ni se crea ni se destruye; sólo se transforma"*. La paz, pues, el equilibrio, la falta de miedo es inherente a la totalidad. Y lo que a nosotros nos parece diferencia, desde el punto de vista individual, sólo lo es mientras *"vemos - como dice San Pablo - como a través de un cristal oscuro"*. Porque, finalmente, todos participamos de la cosecha común, habiendo desempeñado cada uno nuestro papel, en una cadena ininterrumpida de servicios recíprocos que se nos escapa pero que no podemos evitar: el vendedor del periódico nos presta un servicio, pero nosotros se lo prestamos a él al comprárselo; el ama de casa, al preparar la comida, pero sus familiares al consumirla e incentivar con ello su afán de servir y su creatividad y su entrega; el ladrón, al enseñarnos a ser prudentes y al darnos ocasión de perdonar, al tiempo que nosotros le enseñamos a sobrellevar las desgracias; el mendigo, al proporcionarnos posibilidad de ejercer nuestro amor, a la vez que nosotros lo socorremos; el maestro que nos enseña y al que damos ocasión de enseñar... hasta los luciferos nos prestan el servicio de conocer el mal, a la vez que nosotros les ayudamos a evolucionar a costa nuestra. Todo, absolutamente todo es una inmensa cadena de servicios ininterrumpidos que, todos a la vez, conducen al cumplimiento exacto y puntual del plan divino. Y todo, aunque no nos lo parezca, en perfecta armonía, con total felicidad, impregnado de una inmensa paz.

Entonces, ¿qué hemos de hacer para lograr la paz?

La paz, la verdadera paz sólo la podremos lograr cuando nos sintamos realmente, y con toda claridad y convencimiento, partes de Dios. Cuando, conscientes de que somos dioses, como todos los demás seres, todos espíritus virginales iguales, interioricemos la Ley, como Cristo quería. Y no hagamos el bien, ni por miedo al castigo ni en espera de recompensa (ni siquiera la propia evolución), sino, sencillamente, porque **nos nace hacer el bien**, porque es lo que Dios hace eternamente y lo que las leyes naturales - que no son sino la manifestación más próxima de Su voluntad - nos quieren enseñar y, sobre todo, porque hemos comprendido totalmente que todos juntos constituimos un espíritu grupal y, por tanto, cualquier mal causado a otro es un mal causado a todos y, consecuentemente, a nosotros mismos. Y que, si Dios evoluciona con nosotros y gracias a nosotros, es nuestra obligación más importante evolucionar lo mejor y más rápidamente posible para facilitar Su propia evolución. Claro que esa actitud, esa manera de vivir no evitará las desigualdades ni el karma ni los efectos del libre albedrío ni los desniveles evolutivos, pero nos proporcionará una ausencia total de miedo. Y, si no tenemos miedo a nada, ni a los hombres, ni a Dios ni a nosotros mismos, entonces y sólo entonces, será nuestra la paz. Porque, en última instancia, la paz es la ausencia total de miedo. Por dentro y por fuera pero, sobre todo, por dentro.

El Cristo interno, que hemos de despertar y alimentar con nuestra vida de servicio amoroso y desinteresado, está continuamente irradiando Su paz desde nuestro corazón y desde nuestra cabeza. Porque es una paz que se siente y, a la vez, se comprende. Y se puede transmitir y contagiar y compartir. Es la paz de las profundidades de la tierra en que se produce la germinación de las semillas. La paz del embrión humano, protegido en la humedad de la placenta materna. La paz de los pajarillos, de las abejas, de los arroyuelos, de las piedras, de los lirios del campo, del espacio infinito... Todo está lleno de paz porque todo está lleno de amor, que es la nota clave del propio Cristo. Y, si nos acostumbramos a mirar más allá de la materia, más allá de las apariencias, descubriremos, percibiremos, sentiremos, nos embriagaremos de esa paz que todo lo llena y todo lo vivifica y todo lo es. Recordemos que Cristo cuando, tras

su Resurrección, se apareció a Sus discípulos, reunidos, **llenos de miedo**, en el Cenáculo, los saludó diciéndoles: "**La paz sea con vosotros**" (Lucas 16. 36; Juan 26: 19, 21 y 26). Está claro, pues que aquí, Cristo no se estaba refiriendo a la ausencia de guerras, sino a **la ausencia de miedo**.

Hay, pues, varias acepciones de la paz. Y todas son válidas. Porque la palabra paz es sólo un símbolo y sabemos que los símbolos tienen la ventaja de que cada cual los puede interpretar a su nivel, y que todas las interpretaciones son acertadas y todas se complementan y se completan y, todas juntas, nos dan un mejor conocimiento de la idea representada por el símbolo en cuestión.

Pero, ¿qué debemos entender por "paz" los estudiantes y probacionistas de la Filosofía Rosacruz? Indudablemente, la paz interior, la que nace de esa comprensión de la totalidad perfecta en que estamos inmersos. La que nos permite mirar la vida desde un punto elevado, como algo que se desarrolla a nuestros pies, como espectadores, al margen del personaje que nosotros mismos estamos representado, en la seguridad de que, al terminar la función, todos nos iremos de nuestras actuaciones y celebraremos el éxito final porque, si bien a cada uno nos ha correspondido un papel, la obra la estamos representando entre todos y todos le somos necesarios y es de todos por igual, al margen del rol que nos haya tocado en el reparto

Si descubrimos esa paz que subyace a todo, si la tomamos en nuestras manos y la cuidamos y la mimamos y la hacemos crecer, como su principal característica es la irradiación, irá proliferando a nuestro alrededor y otros hombres y mujeres empezarán a descubrir la suya y a cuidarla y a irradiarla y a contagiarla.

A mi modo de ver, ése es el único camino que desemboca en la verdadera paz mundial: el del amor al prójimo, el de la fraternidad universal, el del cultivo del Cristo Interno.

¿Y qué norma puede conseguir esto? La única, es la regla de oro de la convivencia: "*Comportate con los demás como a ti te gustaría que los demás se comportasen contigo*". Es el único camino. No hay otro. De lo cual se deduce que, aunque pensemos lo contrario, aunque creamos que mientras no haya guerras estamos en paz, la realidad es que la paz ha de

ser algo que empiece en el interior de cada hombre, ateniéndose voluntariamente a la citada regla de oro. Es, pues, un asunto interior y personal de cada uno.

Mientras el hombre, pues, no esté en paz consigo mismo - y esta paz sólo se adquiere ajustándose a esa norma de conciencia - será imposible la paz, aunque así lo creamos porque, temporalmente, no haya guerras.

Ésa es la paz que Cristo resucitado deseaba a sus discípulos. Y ésa es la paz que todos debemos procurarnos y procurar a los demás.

* * *